

de pormenores, qué encomiable curiosidad, qué portentoso espíritu de investigación científica! Ayanta puede dar fe de todo. Fecha de nacimiento, signo del zodiaco, lugar de origen, profesión, nombre del padre y de la madre, estado civil, marca de calzoncillos, peso, altura, longitud del pene, índice craneoscópico, grupo sanguíneo, peluquero habitual y otras naderías de simple burocracia y trámite sirvieron de entremés para pasar en seguida al plato fuerte, en cuyo adobo, perejil y aliño no se me regatearon ni tan siquiera las preguntas relativas a la hora exacta en que invadí Ciudad Real, al restaurante tomado por las armas donde nos resarcimos de las fatigas de la expedición militar, a las sabrosas vituallas de las que allí —derecho de rapiña— nos apoderamos (gracias a mi señor Alá aún llevaba la factura en el bolsillo), y sobre todo, me preguntaron una y mil veces por las *verdaderas* motivaciones de nuestro incomprensible viaje, ya que lo de ir a ver pajaritos migratorios y pajarracos zancudos en las Tablas de Daimiel o a escuchar octosilábicos y epifonemas de Gil Vicente y Calderón en boca de Fernando Fernán-Gómez parecía sonarle a chino y olerle a mierda al Ironside manchego y garcialorquiano que con tan exquisita urbanidad se interesaba por nuestros problemas.

Ignoro, lector ilustre y adorabile sultana, si casualmente se había cometido algún horrible asesinato por los alrededores o si los voluntariosos y marciales *flechas y pelayos* (o *balillas y churumbeles*) de la Organización Juvenil de ETA se disponían a celebrar un fuego de campamento en las fantasmales ruinas del Castillo de Calatrava, allí cerquita, pero a la luz de los acontecimientos y dado el tono de la tertulia entablada me inclino a pensar que los intrusos —¿cómo llamarlos de otra manera?— tendían a adjudicarme el papel de secuestrador de mi propia hija. Ni el divino Marqués de Sade— uno de tus maestros, paloma— hubiese podido inventar las preguntas, realmente inicuas, que mi grácil y pobre Ayanta tuvo que escuchar y capear. Baste decir que inclusive la carearon sin rebozo conmigo, Sherezade, y que la chinchorrería, la horterada y el mal gusto llegaron al extremo de sonsacar a la niña en dos ocasiones —pese a haber insistido ya más de una vez en que su madre había muerto en Roma muchos meses atrás— sobre si prefería vivir con ella (con la difunta Sherezade!) o con este zarrapastroso servidor.

Quizá los *civiles* —¡qué contrasentido!— acababan de presentar una reposición del *Tenorio* en el Corral de Comedias de la cercana Almagro y creían, sorprendidos y sobrecogidos por aquella novedad fruto de la democracia, que no sólo las víctimas del *bur-lador*, sino toditos todos los muertos en general gozan de buena salud.

Necrofilia a la española, en cualquier caso, y opacidad de pintura de Solana retransmitida en directo, en vivo y en montón. Mucha gente confunde aquí, en el mocho rabo de Europa, las témporas con las morcillas y cree que las formas de existir, de convivir y de morir exigen sangre. Visión charcutera de la historia llamaría yo a eso. Y no lo movamos más, Sherezade, que tal es —con su gracia y su desgracia— el único país que nos cayó en suerte. Otro no hay, conque mejor sacarle brillo y partido. Y sigue la filosofía del *Tao*: no te plantees problemas antes de que los problemas se planteen. Individuos de mal conformar y de escaso barajar suelen ser nuestros compatriotas. O españolía o sabiduría, sultana. Y ojalá no se llegue a tanto, pero —si me constriñen a elegir— ya sabes que sin un pestañeo opto por lo segundo. Solamente tú y aura vais por delante.

¿Que cómo se resolvió, si decisión o solución hubo, lo de la Benemérita? Con pólvora en salvas. Los aguanté, los toreé y al cabo los puse en fuga. Renuncio, eso sí, a reseñar el resto del interrogatorio. Hay cosas a las que por vergüenza y pundonor toreros no conviene aplicar la norma de luz y taquígrafos. Cuando